

MATER  
OBLATIO

SOLEDAD CÓRDOBA



MATER  
OBLATIO

SOLEDAD CÓRDOBA

Rosa azul que te desprendes del manto que protege su pequeño cuerpo.

Rosa azul que eres parte de mi jardín.

Creé este jardín para ti, para nosotros

Para estar en él protegidos, arropados, despreocupados.

El jardín que son mis pechos, mis manos, mi regazo. Lo sé, así lo sientes y yo me siento un jardín incandescente, lleno de vida.

El jardín azul que brota de mi cuerpo que se extiende por mi manto que desvela nuestra carne desnuda y frágil.

El manto es un jardín que nos protege.

La rosa.

La rosa es el paso del tiempo, es presente y futuro.

La ofrenda de la vida, la ofrenda es fértil, la ofrenda se transforma, la ofrenda desaparece.

Te doy mi vida, te doy mi luz, tu alma se ilumina, la mía crece.

Mi jardín en mis manos.

Ahora es tuyo.

La flor azul tierna, fresca, recién florecida.

La flor azul seca, sin vida, sin luz.

La flor ha dejado de ser flor para ser polvo. Ahora es otra cosa de sí misma. Se ha muerto y se ha renacido. Se ha transformado, se ha transmutado, se ha trascendido.

Polvo primigenio.

Somos polvo, que se volatiliza entre los dedos, que viaja en el viento. Que se deposita en los confines del universo. que se acumula en el tiempo.

Así hemos podido vernos desde nuestro nacimiento, en las partículas infinitas que vuelan sobre nuestros cuerpos, tú estás en mi, ellas, las primeras, están en nosotras, las de ahora que seremos mañana y en ti que eres un ahora naciente.

Bello tu cuerpo blando y esponjoso, dulce olor a leche, ojos despiertos.

Mi ofrenda es mi vida para ti.

Mi ofrenda en mi leche para ti.

La leche que se derrama y que fluye, que te alimenta y que te construye.

La leche que deposito entre los blancos fondos de mis imágenes, en la espesa luz. De blancura infinita.

En el halo que nos envuelve.







Ser piedra, cargar con ellas es trascender a la existencia.

Me sublimas con las palabras que depositas en mis pestañas, tus ideales son fuertes y me contagias con tu entusiasmo, eres «el padre», el compañero, el que apoya, el jardinero fiel, necesario para esta nueva familia.

Agradecida. Eres parte que cimienta.

El collar de piedras que me anudo a mi cuello.

Las cuentas ensartadas son pedestales pétreos.

Me descubro que mi cuerpo resiste el peso de las piedras alrededor de mi cuello.

Salvaje, mi fuerza inconsciente nuestro juego, la levedad está en todo el misterio.

Me quitas peso cuando recoges entre tus manos mi sufrimiento, me desnuda el viento con la fuerza del llanto que limpia mis huellas del tiempo.

Las huellas que he ido dejando sobre la arena.

La arena que es el polvo de la piedra que se desprende de la erosión con mi cuerpo.

La arena que se forma son las lágrimas secas del tiempo.

Los duelos y resistencias, los deseos y las penas, el dolor pesa, la vida pesa, la felicidad puede elevarnos un momento y la levedad se experimenta en tu sonrisa y tu risa inocente y vehemente.

Me disuelvo en un sinfín de dudas, lo doméstico me borra, me hace translúcida, me aliena, pero sin embargo lo doméstico me tranquiliza en una realidad leve y presente.

Son tus pequeños dedos como herramientas de precisión que sostienen el dolor y lo transforman en luz, para poder admirarte, porque eres vida, eres luz, eres mi nuevo guía.





Manos de juego.

Manos que acarician, protegen, envuelven.

Manos que desprenden, que alimentan, que cuidan.

Manos que crean, que comunican.

Manos que dirigen, que suspiran y lloran.

Manos que ríen y se enojan, que vibran y descansan.

Manos suaves y alegres, ágiles e inteligentes.

Manos que descubren y encuentran.

Manos que buscan y responden.

Manos de madre.

Manos de hijo.

Manos que se entrelazan que se confunden y que se sorprenden, que responden y que atienden.

Las manos de madre, fuertes, generosas, limpias.

Las manos del hijo, juguetonas, esponjosas, tiernas.

Madre que mira al hijo a través del tacto, de la caricia, del olor.

Mirar con las manos.

Jugar con las manos.

Proteger con las manos.

¡Te abrazo, hijo!

Tus manos y mis manos se confunden en una danza sinfín.

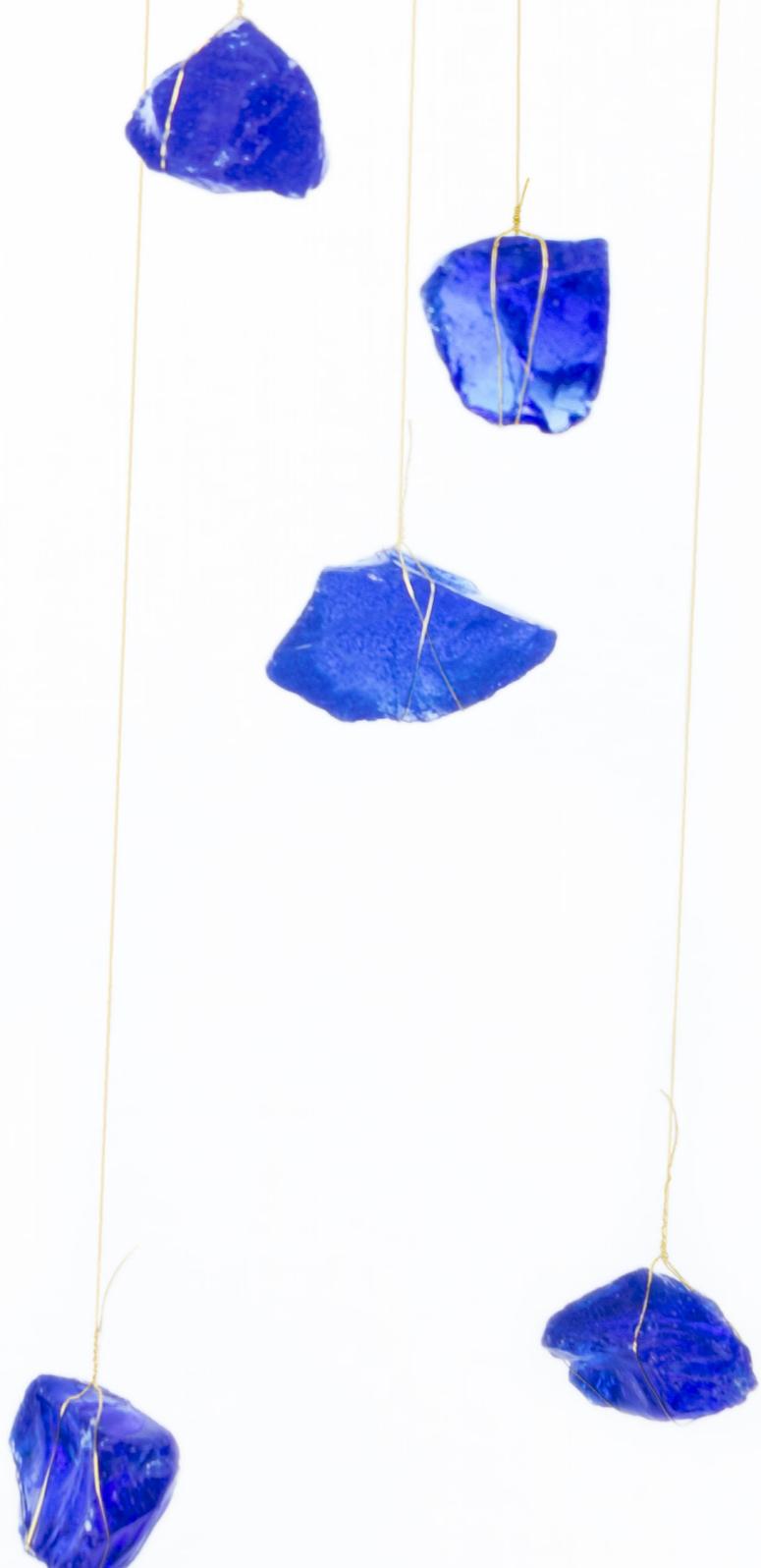
El día, la noche, el sol, la luna, el cielo, la tierra, la seguridad, el miedo, la duda, la certeza, la luz, la sombra, la felicidad, la tristeza, el entusiasmo, el enfado, la esperanza, la desesperación, la locura, la razón, la algarabía, el silencio, la música, el llanto. Todo en una contradicción circular se convierte en nuestro día y nuestra noche.

Tus lágrimas las mías.

Mis preocupaciones tus esperanzas.

Tu felicidad la mía.









Luz que colorea las sombras y los días, las noches y los sueños, las lecturas y los juegos, los dibujos y los velos, los alimentos.

Luz que nos envuelve, nos nutre y calienta.

La luz nos protege, nos arropa en la fosforescencia de la infinitud de la nada blanquecina, de la niebla que nos envuelve, desde que tú naciste.

Un velo protector, una gruta luminosa se abrió ese día, cuando las flores estaban en su máxima plenitud.

La niebla nos cubrió a los dos para protegernos, para aislarnos, para que no nos vieran, para pasar inadvertidos.

La leona salió de la guarida primigenia para darte a Luz, y tus ojos brillaron por primera vez con los reflejos de la realidad velada.

La sangre derramada, las entrañas paridas entre tu cuerpo y el mío solo una membrana, un líquido liminal y vivo.

No existía dolor solo admiración por darte la vida.

Sentí por primera vez a todas las mujeres de nuestra existencia, a la Eva primitiva, desde el aliento y la exhalación te di a luz a ti, a mí y a todas ellas.

Parir.

Parir. Poseída por la fuerza más brutal, por el conocimiento más ancestral, el que subyace en nuestras células, el que no sabemos saber.

El milagro, la magia, el ritual de paso de sangre, de leche y de lágrimas.

Parir.

Mis brazos se convirtieron en inmensos remos que nadaban contra corriente en plena tempestad.

Me convertí en una máquina salvaje, una apisonadora, una brutal y descarnada fiera para que pudieras ver la luz.

Luz blanca, todo es blanco, la nada blanquecina, difumina los contornos de todo lo existente.

Solos tú y yo. Nada más. Madre e hijo, luchando por vivir, por salir ilesos del trance de re-nacer.

Tus lágrimas, tu llanto, tu cuerpo blando sobre mi pecho.

¡Por fin!







Cristales de luz azul son las lágrimas de los días y las noches.

Las lágrimas solidificadas por el amor inmenso y la ternura que nace.

Las lágrimas para protegerte y de las que protegerte.

Mi ofrenda es mi cuerpo para ti, por tu vida para tu vida, para que puedas vivir.

Mi ofrenda son mis lágrimas, mis desvelos mis miedos para que se transformen en potencias generadoras, en construcciones infinitas que puedan sostenerte siempre en soluciones bellas.

Mi ofrenda es la belleza oculta en el color, el color azul.

El azul terciopelo, que vibra ante los ojos, que alimenta el alma de vida, de ilusión.

El azul que es vida, que es nacimiento, que es protector y que es energía.

Azul que envuelve, me ciega para poder vernos, para poder sentir, para poder vivir en el otro allá que es necesario.

Hijo, sueña, desvela tus miedos, mastícalos para demolerlos y lucha por ser feliz.

Hijo, el color, la luz, la música son las armas de la belleza, lucha por un mundo bello y lucha siendo bello.

Hijo, ama a esa belleza que no es efímera, ama a la belleza intrínseca de lo que se oculta entre la niebla, entre las palabras, los arrecifes de silencios.

Hijo, se generosamente bello desde el interior más profundo, desde ese allá necesario, como te dije, es necesario saber que existe otro lugar mágico entre las letras, entre los sonidos, entre las pieles, detrás de los ojos.

Hijo, te regalo mi jardín, porque sé que lo cuidarás y lo protegerás.











↑ CYCLUS LUNARIS. I, II y III. 2022. Fotografía en papel baritado 40 x 60 cm.

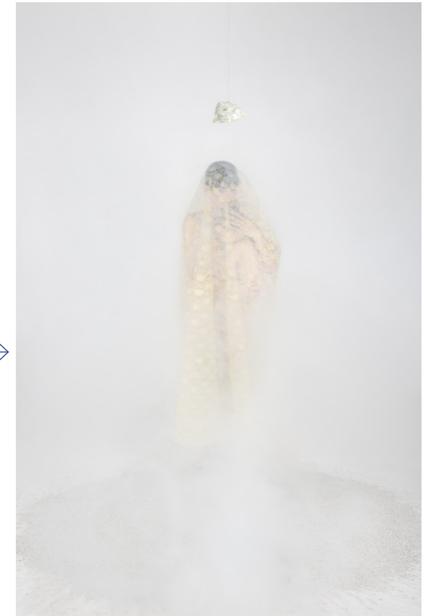


← LUDO. I. 2022. Fotografía en papel baritado 100 x 70 cm.



← COLLARE PETRA. I. 2022. Fotografía en papel baritado 100 x 70 cm.

→ VELUM PROTECTOR. I. 2022. Fotografía en papel baritado 150 x 100 cm.



→ COLLARE PETRA. II. 2022. Fotografía en papel baritado 50 x 60 cm.



← VELUM PROTECTOR. II. 2022. Fotografía en papel baritado 150 x 100 cm.

# OBLATIO

Nací el día que tú naciste.

Mi vientre se vació, se hundió en lo profundo.

Te lloré en mis brazos.

Ya nunca más serías mi cuerpo.

Ahora eres tu cuerpo.

El viento rozaba mi vientre vacío y te miraba a los ojos con melancolía.

Ya no eras mis entrañas. Ya eres tú, cuerpo hermoso, pequeño, ágil, suave y delicado.

Mi vientre lloraba tu ausencia.

Mi cuerpo se rebelaba ante tu no presencia.

Ahora entre mis brazos no logro alcanzar la realidad de haberte parido.

Lo he hecho, te he dado la vida.

El milagro de la vida es inasible.

Ni la naturaleza más salvaje puede arrebatarme esto que estoy viviendo.

Siento tan inmensamente que exploto en llanto.

Agradecida.

© Textos: Soledad Córdoba  
© Obras: Soledad Córdoba  
© Fotografías: Soledad Córdoba  
Organiza: Museo Arte Sacro Teruel  
Exposición: Museo Arte Sacro Teruel  
Catálogo: ese x ese estudio  
Imprime:  
I.S.B.N.:  
Depósito Legal: TE 128-2022

Reservados todos los derechos. Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso por escrito de los titulares del copyright.

Madrid, 2022



